

# INDISCIPLINADOS Y AGRESIVOS



**UNA  
SITUACION QUE  
HAY QUE ATAJAR**

**RAPIDAMENTE  
SI SE LE QUIERE  
PONER REMEDIO**

La violencia es un componente casi cotidiano de nuestras vidas. La violencia social, crímenes, atentados, atracos, violaciones, etc. nos asaltan cada día en la lectura del periódico. El problema se agudiza si se tiene en cuenta que la edad de los delincuentes desciende también progresivamente y ya ha llegado el momento en el que una parte considerable de la delincuencia proviene de adolescentes. El clima de violencia es tan acusado que el hecho de que en el colegio hayamos sorprendido a un alumno de 1.º de BUP con una cadena, preparada por él mismo con un mango ta-

llado en madera, nos ha parecido algo realmente extraordinario.

En este ambiente no es de extrañar que la violencia traspase también los muros de la casa y de la clase. Con alguna frecuencia familias y profesores se ven desagradablemente sorprendidos por el cambio repentino de conducta en un niño.

—Pero si nunca ha sido así.. Esto es inexplicable. Era algo retraído y no tenía muchos amigos, pero siempre fue

incapaz de hacer mal a nadie. Era un chico muy sensible...».

Parece como si de repente los esquemas de comportamiento hubiesen variado en el cerebro del adolescente, como si una imagen ideal de superhombre prepotente y violento le hubiese subyugado. Se multiplican las posturas displicentes o agresivas: contestaciones, portazos, discusiones, insultos, actos de crueldad con compañeros y con otros hermanos, etc. etc.

—«¿Es qué hemos hecho algo mal? ¿Nos hemos equivocado en la forma de tratarle o educarle? ¿Qué podemos hacer?»

Esta suele ser la pregunta inmediata de los padres y los responsables de la educación del muchacho. La solución es urgente; de lo contrario comienza una relación de escaramuzas y hostilidades continuas, con todo lo que ello tiene de desgaste para la vida familiar y escolar.

### ES IMPORTANTE SABER POR QUE

Determinar a fondo las causas de una actitud indisciplinada y violenta exige un estudio particularizado de cada caso, que no podemos hacer aquí, pero sí podemos citar algunas realidades y ambientes que sirven de caldo de cultivo apto para que se desarrollen situaciones así. Recordarlas nos facilitará un somero examen de conciencia.

**La situación afectiva de la familia** puede influir notablemente, sobre todo si es negativa. Las discusiones continuas de los padres entre sí, o el descubrimiento por parte del niño de que no existe amor entre ellos es un trauma fuerte que fácilmente puede producir reacciones de ese tipo.

**Algunas debilidades psicológicas** de los responsa-

bles de la educación pueden ser también un elemento activador importante. La falta de seguridad en sí mismo, la inestabilidad de ánimo, la irritabilidad, el necesitar constantemente del sostén afectivo de los muchachos, caerles bien, ser continuamente correspondido y gratificado..., la falta de carácter, etc.

**El clima de dar confianza** es muy perjudicial; la sospecha, el temor, sentirse vigilado, espiado, controlado... dificulta las relaciones tanto en la familia como en la escuela.

**Los castigos excesivos** pueden producir el efecto contrario a lo que se busca con ellos, pero también hay que tener en cuenta que no es buena la falta de una sanción adecuada, cuando hace falta, la carencia absoluta de control, el que cada cual «campe por sus respetos», el caos y la incoherencia.

**La falta de entendimiento y colaboración** entre los responsables de la educación es otro dato importante a analizar. Que papá no mande por la tarde lo contrario de lo que mamá dijo por la mañana que había que hacer; ni que mamá refunfuñe entre dientes contra lo que papá acaba de ordenar; ni pongan ambos verde al profesor porque «se quiere pasar de moderno», etc., etc.

**La falta de participación.** Hay que hacer sentir la vida como cosa de todos, facilitar la participación en la solución de los problemas, involucrar en los planes y en los proyectos, incluso en aquellos en los que se trata de reformar y mejorar a uno mismo. Si en casa hay demasiado ruido, es un problema que afecta a todos, hay que discutirlo conjuntamente y proponer soluciones comunes. A base de gritos del cabeza de familia no se puede conseguir nada duradero. Lo mismo pasa en clase: un problema de disciplina no es un problema del profesor solo; es un problema que



hay que solucionar con las aportaciones de todos, las ideas de todos y las decisiones de todos.

Además hay otras muchas situaciones externas que posiblemente estén influyendo y fomentando una conducta agresiva: la violencia misma del medio ambiente, los modelos e ídolos creados por el cine, los telefilmes, los comics, el cambio generacional, etc...

### **LA ACTUACION NO SE PUEDE DEJAR SOLO A LA INTUICION DEL MOMENTO**

Cualquiera de estas causas, varias de ellas a la vez o quizá alguna otra que no hemos citado en este rápido repaso pueden estar influyendo o fomentando esas actitudes y esa conducta agresiva del niño. Conocer en cada caso el origen concreto y la raíz de la que precede el mal es conveniente para atajarlo, pero se trata simplemente de un primer paso, después hay que actuar frente a ese comportamiento, tomar postura y de alguna manera responder con una estrategia adecuada.

Para muchos en estos casos el aliado más fiel es la intuición. «Yo ya sé muy bien lo que tengo que hacer; el instinto me lo dice en cada momento y para cada situación». Esta postura a veces da resultados, cuando el educador, llámase padre o profesor, tiene realmente intuición. Generalmente va unida a una forma de pensar que se expresaría más o menos así: «En las relaciones con los hijos la espontaneidad y la naturalidad son imprescindibles. Yo no comprendo esos padres que actúan siempre por el libro; parece como si su casa fuera un laboratorio y lo que dicen y lo que hacen suena siempre a artificial, a falso, a algo que se dice porque es precisamente lo que se tiene que decir». Sin embargo, siguiendo esta teoría también se equivoca uno fácilmente y a fuer de natural y espontáneo comete errores y «desaguisados» irrecuperables. El «esto se arregla con dos bofetadas, como hacía mi abuelo con mi padre e hizo mi padre conmigo» ha servido muchas veces para poner las cosas mucho peor de lo que estaban.

Por eso es conveniente estudiar estrategias de actuación, aunque después no se estudian al pie de la letra. La espontaneidad no consiste en carecer de conocimientos previos, sino en saber después utilizarlos con naturalidad. La estrategia se presenta como un plan coordinado, preparado para seguirlo paso a paso. Esa es una forma de presentarla para que se vea que puede formar un todo coherente; no quiere decir que su aplicación tenga que realizarse también así.

### **OCHO REGLAS FRENTE A ACTITUDES AGRESIVAS**

Utilice siempre un lenguaje personal y directo. No diga: «Hay que hacer tal cosa». Formule sus ideas usando los pronombres personales: «quiero que tú hagas tal cosa», «me gustaría saber cómo puedo ayudarte yo».

Refiérase siempre a la conducta actual, si alguna vez tiene que llamar la atención, hágalo en el momento en el que se produce el problema y límitese a ese tema, no traiga a colación ninguna otra cosa, ni aproveche para hacer recuento de todo lo malo que ha pasado en la semana, ni para desahogar la bilis que ha acumulado por las veces que ha dejado pasar las cosas. Lo que debe de hacer es preguntar más gritos e informarse de lo que el niño está haciendo

por sus propias manifestaciones. El primer paso de solución consiste en la toma plena de conciencia de lo que uno está haciendo; el niño con frecuencia lo consigue al tener explícitamente que formularlo y comunicarlo. Después está en una situación más receptiva para valorar su conducta y admitir su error, que si lo primero que recibe es un chaparrón de gritos, que le ponen en guardia y a la defensiva.

Refuerce su actuación con juicios de valor. Pero no partiendo de su propio criterio condenatorio, sino de la opinión sincera de su hijo o de su alumno. Después vendrá el intercambio de opiniones, el hacerle ver aspectos que se le han escapado. Es importante tener siempre muy presente que la decisión de mejorar un comportamiento tiene que ser siempre de ellos, porque no sirve para nada el que sólo sea nuestra. Una conducta estable no se puede mantener simplemente por el principio de autoridad, sino por el propio convencimiento. Algunos conflictos graves nacen de aquí, sobre todo en la adolescencia: no se está convencido del valor negativo de la conducta y la reprimen sólo se modifica en presencia de la conducta que entones (fumar, salir con una chica o con un chico, etc.).

Ayude a formular un plan para mejorar la situación. Sobre todo, tenga cuidado de que no sea muy ambicioso. Lo peor que puede ocurrir es querer llegar demasiado pronto y demasiado deprisa. Hay que ir poco a poco y establecer pequeños pasos que aseguren el éxito y la decisión de seguir adelante. Los fracasos van minando la voluntad de conseguirlo.

Siéntase después responsabilizado por él, facilite las condiciones necesarias para cumplirlo, refuércelo con inteligencia, pero constantemente.

Y no acepte excusas, sobre todo no las discuta; manténgase en la confianza que ha depositado en el niño y en sus posibilidades de éxito. Acepte el fallo y reconstruya inmediatamente la decisión del propósito anterior. Para ello hay que proceder con tacto, tanto para evitar la reacción de que no le da ninguna importancia, como de que le da demasiada. Pero esté también muy atento para distinguir lo que son excusas, razones falsas y aparentes, de motivos y causas verdaderas que pueden justificar una conducta.

Pero tampoco castigue fácilmente. El castigo libera de la responsabilidad, es una especie de contribución que uno paga y después se queda tan tranquilo. Actúe si es necesario, pero siguiendo la línea del plan de conducta trazado e insistiendo en él.

Finalmente nunca se dé por vencido. Cambie la estrategia si es necesario, busque los fallos cometidos, consulte, pregunte, hable... y después vuelva de nuevo a la carga con serenidad y con prudencia.

Estas reglas de actuación están inspiradas en el sistema creado por el Dr. William Glasser, que él llama **Terapia de la realidad**. Lo fundamental en él es la autoconciencia del propio comportamiento, su valoración subjetiva y la decisión de modificarlo. El objetivo, pues, nunca es la conducta en sí, sino la personalidad que pone en movimiento esa conducta. El elemento esencial de actuación es el plan o proyecto, que debe de estar elaborado por el propio niño. Generalmente en nuestro modo espontáneo de proceder también figura algo parecido, pero de un modo vago y poco concreto que le resta toda eficacia.

FERNANDO PARIENTE